

BLANCA VARELA Y EL ANIMAL INTERIOR*

Jean Franco
Columbia University

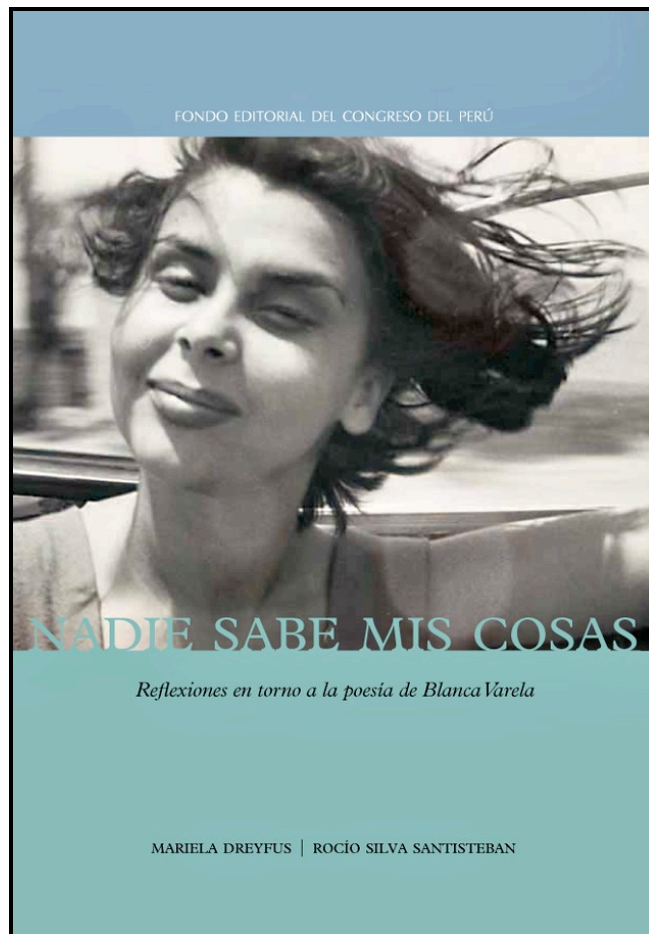
Conocí a Blanca Varela a principios de los años setenta y no he vuelto a verla desde aquel entonces. Estaba escribiendo un libro sobre César Vallejo y fui al Perú con la intención de visitar a Georgette Vallejo. Pero la entrevista con la viuda del poeta fue un fracaso rotundo. Georgette prefería el monólogo al diálogo. Mientras cocinaba comida para los numerosos gatos hablaba de su odio al Perú –y a Lima en particular–, su desconfianza de la crítica y de traiciones y odios. Hablaba de todo menos de César. Al final me regaló un ejemplar de sus propios poemas. Fue un alivio salir de la casa, aunque sentía simpatía por este testimonio de una vida pasada a la sombra de su marido y ahora forzosamente dedicada a la preservación de su fama. Algunos días después de este encuentro, José Miguel Oviedo me presentó a Blanca Varela, cuya poesía no conocía.

Al contrario de Georgette, Blanca no hablaba de sí misma ni de su poesía. La encontré acogedora y enigmática, con una sensibilidad que me parecía ajena al término “poetisa” que todavía circulaba por aquel entonces. Me hubiera gustado escucharla leer su versos, decir por ejemplo “no tiene sentido que yo este aquí/ destruyendo/ lo que no existe”, pero nunca la volví a ver. Nada en el encuentro me preparaba para el atrevimiento de sus poemas. Con razón Rocío Silva Santisteban habla del riesgo de su poética, un riesgo que, sin embargo, no se anuncia a gritos como en los poetas de vanguardia, sino que se insinúa. Quizás por eso se ha tardado tanto publicar un homenaje a esta poeta de rara originalidad.

* Este texto transcribe la intervención de la autora en la presentación del volumen editado por Mariela Dreyfus y Rocío Silva Santisteban: *Nadie sabe mis cosas. Ensayos en torno a la poesía de Blanca Varela* (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2007; 557 pp.). El acto tuvo lugar el 26 de Noviembre de 2007, en el Centro Rey Juan Carlos de la Universidad de Nueva York (NYU). [Los Editores]

El volumen *Nadie sabe mis cosas. Reflexiones en torno a la poesía de Blanca Varela*, editado por Mariela Dreyfus y Rocío Silva Santisteban, reúne crítica, entrevistas, poemas y fotografías que, por primera vez, al menos para mí, nos ayudan no sólo a medir la profundidad de su poesía, sino también a apreciar el desafío de su título. “Nadie sabe mis cosas” no es una invitación a la intimidad.

Por eso, la fotografía de Blanca en la solapa del libro impacta tanto. Sentada en el asiento de atrás de un coche, el cabello levantado por el viento, tiene los ojos mitad cerrados como si experimentara una emoción profunda y secreta, una emoción que a pesar del movimiento veloz del vehículo es sumamente serena. Hay un desfase entre lo que está afuera y lo que está adentro, entre la velocidad del tiempo y la interiorización. La serenidad del rostro desmiente el movimiento que desordena el cabello. Al mismo tiempo enfatiza la diferencia entre fotografía y poema. Parar el tiempo, como hace la fotografía, congela la imagen: siempre será la imagen de una persona “muerta”, en el sentido bartheano¹.



En cambio, el poeta no puede fijar el tiempo. En el poema “Es más veloz el tiempo” Blanca escribe: “el tiempo me acosa y me desdice”. El intento de fijar el tiempo es un acto de desesperación: “pregunto/ en el aire escribo/ con mi lengua escribo/ con mis mano y pies escribo/ con mis ojos”. Y concluye: “nadie ni el mismo tiempo/ se atreve a interrumpir el tiempo”.

En la entrevista con Rosina Valcárcel incluida en *Nadie sabe mis cosas*, Blanca habla de la soledad como algo sumamente productivo: “Siempre he sido bastante solitaria”, dice, “y además me entretenía mucho conmigo misma... yo creo que no me sentía sola en absoluto. La sordera de Dios es evidente, hasta hoy la siento”². Si no hay comunicación con algo trascendente queda la posibilidad de internarse en sí misma, lo que significa enfrentar al demonio en “uno mismo”. Y continúa: “La poesía sigue siendo para mí una manera de seguir explorando, de darles nombre a los demonios. Los demonios están tan de moda que a mí ya me fastidian, que hay un solo demonio y que es uno mismo, todos los demás son invenciones. Por eso a veces mis grandes silencios en poesía...”³. La intensidad de esta internalización no da como resultado una convicción de la soberanía del yo, del ser humano. Al contrario, lo humano no tiene privilegio sobre lo animal, lo que inspira algunos de los poemas más implacables:

tú eres el perro tú eres la flor que ladra
 afila dulcemente tu lengua
 tu dulce negra lengua de cuatro patas

la piel del hombre se quema con el sueño
 arde desaparece la piel humana
 sólo la roja pulpa del can es limpia
 la verdadera luz habita su legaña
 tú eres el perro
 tú eres el desollado can de cada noche
 sueña contigo misma y basta.⁴

“Arde desaparece la piel humana” escribe y “sólo la roja pulpa del can es limpia”. Esto es, la verdadera luz no es el *cogito* de Descartes, ni la iluminación de la santa. Es el “tú” que es perro. De su poesía ha desaparecido el yo imperial iluminista y en su lugar se encuentra el animal que sufre. En “Ternera acosada por tábanos” su empatía con la bestia es casi intolerable: “ah señor/ qué horrible dolor en los ojos/ qué agua amarga en la boca/ de aquel intolerable mediodía/ en que más rápida más lenta/ más antigua y oscura que la muerte/ a mi lado/ coronada de moscas/ pasó la vida.” Y en “Claro oscuro” declara, “Yo soy aquella/ que vestida de humana/ oculta el

рабо/ entre la seda fría”. Me parece que esta identificación de lo animal y lo humano es uno de los aspectos más radicales de su obra.

Uno de los placeres de *Nadie sabe mis cosas* es que los ensayos incluidos amplifican y enriquecen su propia lectura con otras. Cada lector o lectora nos aporta una Varela distinta, la Varela de la maternidad en el ensayo de Cynthia Vich, la obsesión con el hambre que la acerca a Simone Weil en el ensayo de Luis Cárcamo Huechante, y un ensayo de Rocío Silva Santisteban sobre “Valses”, que revela un aspecto de la poesía íntimamente vinculado a Lima y a la modernidad. Silva Santisteban sitúa el poema “Valses” en el amplio contexto de las relaciones tensas entre modernidad y tradición, reflejada en él la transformación del vals criollo peruano. “Se trata”, escribe Santisteban, “de algo diferente, un discurso diferente que ha dado entrada a otro punto de vista”.

Blanca Varela se sabe valiente e inconforme. En la entrevista dice: “Las mujeres, en general, somos muy valientes. Afrontamos muchas cosas que aparentemente son poco importantes pero en realidad son tremendamente importantes”. Si hay algo que le enorgullece es la valentía: “soy una persona de mucho coraje, porque siento en el fondo que es la única manera que tengo de demostrar que no estoy conforme, de poner sobre el tapete mi gran inconformidad.” Por eso su poesía nos perturba tanto.

NOTAS:

1. Barthes, Roland. *Camera Lucida: Reflections on Photography*. Trad. de Richard Howard. New York: Hill and Wang, 1981.
2. Valcárcel, Rosina. “Blanca Varela: Esto es lo que me ha tocado vivir”. *Nadie sabe mis cosas*; 445-6.
3. Ibidem.
4. Varela, Blanca. “Secreto de familia”, *Canto villano*. México. Fondo de Cultura Económica, 2^a. ed, 1996; p.132.

NOTAS:

- ¹ Barthes, Roland. *Camera Lucida: Reflections on Photography*. Trad. de Richard Howard. New York: Hill and Wang, 1981.
- ² Valcárcel, Rosina. "Blanca Varela: Esto es lo que me ha tocado vivir". *Nadie sabe mis cosas*; 445-6.
- ³ *Ibidem*.
- ⁴ Varela, Blanca. "Secreto de familia". *Canto villano*. México. Fondo de Cultura Económica, 2ª. ed. 1996; p.132.